

Seminario Internacional

“Un Museo en Villa Grimaldi: Espacio para la Memoria y la educación en Derechos Humanos”

VIERNES 12 DE AGOSTO: 16:30 a 18:00hrs

Panel IV: “El Museo que queremos.”

La construcción de una cultura democrática y el rol del Museo de Derechos Humanos de Villa Grimaldi.

DIAP0 1

La posibilidad de la creación de un Museo de los Derechos Humanos en Villa Grimaldi, nos lleva a preguntarnos: Cómo, en el contexto político cultural del Chile de hoy, se construye una memoria sobre la violación a los Derechos Humanos del pasado reciente, que sea significativa para las nuevas generaciones y qué papel puede jugar en ello un Museo en Villa Grimaldi.

Algunas cuestiones del enfoque.

DIAP0 2

En el Chile actual se ha vuelto como una un elemento de sentido común el considerar la memoria como un obstáculo a la modernización y el desarrollo, como si la memoria fuese una tradición dañina, que impide el esfuerzo colectivo por un ideal común de país; para ello, se enarbola la idea de una reconciliación impuesta por sobre el odio y la venganza. Sin embargo, lo que ocurre es que se busca imponer un tipo de memoria, aquella exenta de conflictos, disputas y desencuentros, lo que finalmente fragiliza nuestra construcción democrática.

A lo anterior se agrega la forma en que hoy en Chile se construyen los proyectos de vida personales, que se distancian cada vez más de horizontes colectivos y relatos omnicomprendidos, en medio de una simbólica nacional deteriorada por los quiebres del pasado, en parte, ello ha contribuido a acentuar el individualismo, unido a un patrón de éxito por la vía de la competitividad y no la colaboración, haciendo que en este escenario la memoria sea entendida como un lastre o mochila y deseando que sea algo efímero, que no pese al momento de tomar decisiones sobre el presente y futuro.

Los indicios concretos, en todo caso, están señalando que la memoria es indestructible, en tanto es constitutiva de los individuos y la sociedad. Es así como en estos años de la transición democrática la memoria ha sido puesta en juego, ha

estado explícita o implícitamente en el debate democrático y de los derechos humanos, escenificada a través de memoriales, rescates de lugares, documentales, textos y conmemoraciones.

En este contexto, no es extraño y más bien necesario que se proponga la creación de un Museo de Derechos Humanos que se inscribe en la línea de los Museos de la Memoria, que dejan pendiente la historia para concentrarse primero en la memoria.

D. 3

Si se considera la tradición del museo moderno, fundado en el gesto republicano post revolución francesa, los museos históricos se caracterizan por constituirse en un espacio de construcción y difusión de un relato oficial sobre el pasado, establecido como verdad, ejecutando así una pedagogía o disciplinamiento sobre la identidad y la historia nacional. Es, muchas veces, una experiencia obligada, aburrida y poco significativa con respecto a las vivencias contemporáneas y cotidianas. Frecuentemente no existe un hilo conductor, aunque sí una opción representativa, que muchas veces aparece como un relato idealizado que opera para reafirmar un presente también inexistente. Ejemplo de esto puede ser la idea republicana de los padres de la patria y la fragilidad de las instituciones democráticas del Chile del siglo XX. O, la belleza y perfección de las culturas chinchorro o selknam en el viaje arqueológico y la carencia de valoración de la diversidad en la cultura chilena. Cabe mencionar que estos últimos museos están garantizados más por un interés específico de la disciplina que los origina.

En cambio, un Museo de la memoria de los derechos humanos, es de una naturaleza distinta. La memoria está viva, los testimonios están entre nosotros, la multiplicidad de interpretaciones circula entre los medios de comunicación, los tipos de colegios y las charlas familiares. En este sentido, no es un museo republicano que fija una lectura épica de la construcción de la democracia representativa y sus valores, es más bien un pedazo de historia que contiene verdades incontrastables e interpretaciones variadas.

D4

Desde ahí, la idea entonces es construir un Museo de los Derechos Humanos, a partir del lugar concreto de la experiencia de la violación sistemática a esos derechos ocurrida en Chile durante la dictadura, buscando un relato que permita aportar a la construcción de un sentido compartido por los chilenos y que se genera desde la perspectiva de la ética de los valores universales de los derechos humanos. Es por ello que debe ser un espacio también para el diálogo y el debate, y no el resultado de un mero consenso cupular. Es la verdad factual que a través de la memoria individual y colectiva se somete a la interpretación desde el punto de vista y el lugar de la valoración de aquella ética universal.

Acerca de las claves del Museo

La primera consideración es que en Villa Grimaldi, parte central de un territorio de la tortura y el exterminio, cobijará en su entorno al Museo de la memoria, lo que potencia la relación entre ambos. Este último, se articulará con el sistema represivo de violaciones sistemáticas a los derechos humanos, del que formaba parte Villa Grimaldi; mientras ésta encontrará en el Museo un espacio para representar la totalidad de la cual es sólo un vestigio fragmentario.

En este sentido Villa Grimaldi es parte de un sistema represivo, que contó con autos, helicópteros, rieles, vendas, burócratas, que aportaron en su operación. Parte de una red articulada para producir no sólo la derrota del adversario, sino el fin de todo juego político por anulación del contrario. Lo incomprensible e injustificable es cómo culturalmente se pudo articular un discurso legitimador de la necesidad y la bondad de aniquilar a un igual. DS

Entonces, el Museo también puede ser un instrumento para quebrarle la espina dorsal a la cultura autoritaria. Porque hay que decirlo directamente: las violaciones a los derechos humanos han convivido con nosotros en distintos momentos del siglo XX, con masacres obreras o con represiones sangrientas a los pobladores, pero nunca antes se había producido una organización para matar impunemente, torturar sin contrapeso, atemorizar sin que nadie pudiese exigir protección ante el Estado. Esta violencia ejercida episódicamente, en un contexto de cultura autoritaria y de agudización de los conflictos políticos y polarización ideológica, rompió los límites y desarrolló su máxima expresión y sistematicidad, mostrando nuevas fronteras y haciéndose incomprensible como violencia, pues buscaba el exterminio de una parte de la propia sociedad.

Se trata que el Museo problematice este tema, lo haga vívido en las personas, pues de esta forma puede desmontar la justificación futura y pasada del horror.

Pero el museo de Villa Grimaldi también debe resolver el problema de la expresión y representación del horror, algo que muchas veces parece irrepresentable. Sin embargo, el museo no debiera ser la "Casa del Horror", pues esto tiende a construir una distancia con las personas comunes y corrientes que no gustan de reconocerse en la maldad y/o desgracia de otros, y es hacia quienes está dirigido el propósito educativo de un museo de derechos humanos. Tampoco puede ser un páramo que sólo cobra sentido con el relato de los sobrevivientes, pues estos no son eternos, ni

sus relatos uniformes. El Museo debe reconstruir los instrumentos del horror para que cobre sentido su visita con independencia de la visita guiada por los sobrevivientes. Hasta dónde y cómo reconstruir el horror es una pregunta abierta, pero debe estar apoyado con relatos testimoniales de víctimas y victimarios, en forma directa e íntegra con diversos soportes modernos tales como fotografías, videos, artefactos de la época, documentos, objetos personales, etc. Más aún cuando Villa Grimaldi sufrió el nefasto efecto de doble borradura: lugar de desaparecimiento a su vez desaparecido.

En este sentido, el Museo no puede hacerse parte del carácter fragmentario con el cual han circulado los testimonios y relatos del horror y la represión. El Museo debiera, justamente, enfrentar la necesidad de albergar de la manera más íntegra ese patrimonio: las memorias de la experiencia de la represión como relatos contextualizados e íntegros, y no pedazos del horror que aparecen como meras técnicas eficientes de represión y sometimiento.

Así mismo se hace imprescindible tomar distancia de la representación de las víctimas como sujetos indefensos, ajenos a la contingencia de la lucha y desprovistos de adhesiones o compromisos partidarios e ideológicos. Esto supone que fueron sujetos aplastados en sus derechos, pero no por ser "nada" ni "nadie", sino exactamente por representar un peligro para la ideología dominante o por ser útiles para la producción del miedo necesario a la mantención del orden imperante.

Tampoco debe transformarse en el panegírico de la heroicidad de las víctimas, por el sólo hecho de haber vivido en carne propia la represión, pues entre éstas también hay una diversidad de experiencias, circunstancias o motivaciones. El Museo no debiera construir un relato de "resistentes heroicos" -si bien los hubo y debe reflejarlo- ni de víctimas pasivas, que también las hubo. La idea fuerza puede ser el de mujeres y hombres que enfrentados a su propia trayectoria personal, con sus grandezas y debilidades, optaron por la resistencia al régimen dictatorial. Otra idea es que también muchos de ellos y ellas que eran miembros de partidos políticos de izquierda, y que articularon esa resistencia, proveyeron de sentido a miles de chilenos que eran perseguidos y contaron con una red de apoyo y complicidades.

DIAPLO CULTURA DEMOCRÁTICA Y FUTURO
El museo debe tener como público preferente a las nuevas generaciones. Esto implica situarse desde los cambios culturales producidos en este último decenio, en que los pasados colectivos son vistos como verdaderas "piezas de museo", las viejas ideologías como arcaísmos de la historia, la picana de tortura como un vestigio medieval, pero que sin embargo requieren ser traducidos en clave contemporánea, asumiendo los nuevos motivos y formas que adquieren los conflictos bélicos y las rupturas sociales.

Siendo así, la visita al Museo debiera vincular la experiencia de la vida cotidiana y el referente de los derechos humanos que se busca transmitir. Es decir, el ingreso al Museo debe producir emoción, conmoción y reflexión sobre lo ocurrido, pero de algún modo debe generar conexiones con la vivencia contemporánea. Esta conexión podría ser la idea del “abuso de poder” al interior de la sociedad (e incluso entre naciones), es decir la memoria que sustenta al museo, entrega el incompresible límite del abuso de poder transformado en sistematicidad del crimen, en tanto permite rastrear en nuestras vidas cotidianas otras formas de abuso de poder contra la mujer, los niños, los indígenas, la tercera edad, etc. La juventud podrá asociar lo que aparece como un artefacto arqueológico con las supervivencias culturales de algo que puede volver a ocurrir si es borrado de la memoria en un contexto de una cultura democrática débil. El mensaje sería que en una cultura autoritaria y discriminadora se incuban formas de ver a los otros como no iguales, que en condiciones contextuales de conflicto pueden producir –bajo nuevas formas- la misma tragedia que expresa el Museo.

En sintonía con esta lógica, un Museo orientado a la educación en Derechos Humanos también puede considerar en su estrategia la realización de eventos, actividades, ritos y ceremonias propias de lo que quiere significar. En este plano no debiera transformarse en un Museo para la promoción de la cultura o la recreación en general. Debiera ser un Museo para el diálogo, la representación artística, el ceremonial y los ritos propios del campo de significados de los derechos humanos. Ello le provee de valor identitario a la nueva cultura democrática que se desea construir con el referente ético de los derechos humanos.

Ante estos desafíos la Corporación Parque por la Paz-Villa Grimaldi, tendrá que intensificar y ampliar sus alianzas con el Estado, universidades, otros museos, los organismos de derechos humanos y con su socia, la Municipalidad de Peñalolén, impulsar los debates sobre el Museo que queremos y, articulando alianzas con otros sitios similares, realizar foros, conferencias y actividades que discutan sobre las democracias post transiciones, los informes de verdad, las experiencias de reparación y en definitiva de la utopía democrática que nos moviliza.

Peñalolén, 11 de Agosto, 2005.

Oswaldo Torres Gutiérrez
Loreto López González
Antropólogos.